

# La Risa



30  
céntes

—Tú eres razonable; pero, hijo, hoy se te ha metido en la cabeza una cosa que yo no le veo la punta.

Dibujo de LÓPEZ RUIZ.

Ayuntamiento de Madrid





# MATATIEMPOS



Por cada trabajo original e ingenioso que publiquemos en esta sección abonaremos DOS PESETAS, y un premio de VEINTICINCO PESETAS por las soluciones exactas a los mismos.

(Véanse las condiciones en el núm. 32.)

44.—Dos nombres de mujer.—POR FALDO.

45.—Habitación.—POR FALDO.

sable en la poesía.

continente.

B 50

LASA

Condición indispen-

Del antiguo

46.—En una ópera.—POR FALDO.

Asprón 1 Dibujante  
Y 1000 RO

M A R I N A

T R T Bebida

47.—Charada.—POR M. S. P.

*Prima dos* lanza el grano  
que producen los campos en verano.  
*Dos prima* un compañero  
molesto, pegajoso y majadero.  
*Dos terciá* es de una vieja,  
el cabello sin rizo ni guedeja.  
El robo es madrileño con cien pilares  
que dan a un puente viejo y al Manzanares.

48.—Acertijo.—POR PELLÓN.

¿Cuál es mi bebida favorita?

La solución se encierra en estos términos:

Bebida.—Consonante.—Organo pro-  
pio de vertebrados.—Consonante.—  
Animal carnívoro.

## ADVERTENCIA IMPORTANTE

Cada matatiempo deberá venir acompañado de un cupón. De no ser así se pierde el derecho a cobrarlo, aunque se publique.

Diríjase toda la correspondencia al apartado 7.002.

Tip. Yagües.—Madrid.



## CONCURSOS DE "LA RISA"

Para dar variedad a esta sección, admitiremos anécdotas graciosas ocurridas a personas conocidas de la antigüedad o contemporáneas, para alternar su publicación con los piropos, en las mismas condiciones que éstos.

Para tener opción al premio de DIEZ CINCUENTA PESETAS es condición indispensable que los piropos se ajusten a las «Bases del concurso para caballeros» publicadas en los números 14 y 16 de este semanario.

Los PIROPOS deben venir escritos en papel aparte; pero siempre acompañados del cupón.

Dos advertencias que no deben olvidar los que nos envían PIROPOS para publicar en esta sección:

Primera. Que el crecidísimo número que diariamente se reciben, obligan a guardar turno para su publicación. Segunda. Que la gran cantidad que hay que rechazar por inmorales, injuriosos o por carecer del correspondiente cupón, no puede merecer el honor de contestar a cada autor en la sección de «A vuelta de correo», porque ello agotaría por completo el espacio dedicado a esta correspondencia.

—Pero, oiga usted, prenda, ¿cuándo va a poner de largo a esas niñas?

(Piropo premiado.)

UN MORALISTA.

## PIROPOS RECIBIDOS

—Oiga, joven: ¿Quiere usted echar una sonrisa a las patatas que me estoy comiendo para que no resulten tan sosas?—UN ALBANIL.

—¡Linda negraza! Si se volviese volcán, no vacilaría en dejarme iragar.—PORTENITO.

—Adiós, nena. ¿Haría usted el favor de ofrecer generosamente el aroma de esa flor a esta abeja del amor?—UN MELERO.

—Renegruzca: Si el gobernador de Palencia por cierta dama se sintió «becerrista», yo, por contemplarte diez minutos seguidos, soy capaz de hacerme matador de «toros». —J. IGLESIAS.

—Nena: Me estás volviendo loco de... alegría.—A. DE FRUTOS.

—¡Permita Dios que nos encarcelen juntos y no puedan mandarnos viveres, para comernos uno a otro!—J. IGLESIAS.

—Rubiales: Era yo capaz de comerme una media suya, pues creo que ya la habrá tostado el sol.—A. DE FRUTOS.

—Reina hermosa: Por una mirada de usted sería yo capaz de atravesar el desierto de Sahara con un aeroplano sin motor marca La Cierva.—MANUEL FONSECA GARCÍA.

—¡Vaya con Dios la flor de la canela, el lucerito más brillante del firmamento y la virgencita que Murillo no supo pintar.—T. BESO.

—Gitana: Tiene usted más atracción en esos ojazos que un pararrayos cuando hay tormenta. —JOSÉ LÓPEZ BARBERO.

—Cada vez que la veo está usted más bonita que nunca.—FRANCISCO FERNÁNDEZ.

—Por ser su hombre era yo capaz de afeitarme ocho veces en el día.—JAIME EL BARBUDO.

—Morena: Es tan intenso el fuego de sus ojos, que con una sola mirada les haría correr la pólvora a los Regulares.—CAYUELA.

C U P Ó N  
NÚMERO

24

Para acompañar a todo piropo, trabajo literario o dibujo, sin cuyo requisito no será admitido.  
(Este cupón sirve para un solo trabajo.)

—Prenda: Si la admitieran en una casa de préstamos, la pignoraba.—LUIS GARCÍA PAJARES.

—Negra: Con esos ojos hace usted más estragos entre los hombres que la guerra de Melilla.—A. C. O NO A. C.

—Mi vida: ¿Te ha dao permiso San Pedro para usar ese cachito de gloria por cara, o es contrabando?—UN ANGELITO.

—Linda: Cierre usted los ojos cuando esté al aire libre, que va a creer Padre Dios que la tierra está ardiendo y va a mandar otro Diluvio.—UN EMAMORAO.

—¡Olé, salero! Tiene usted unos ojos que con una mirada que eche a la iglesia es suficiente pa fundir toas las campanas de la torre, so morucha.—N. DE LA TORRE.

—Por usted era capaz de abandonar a mi mujer, los seis hijos, la querida, las siete cuñadas y la suegra (que ya es dejar).—RAMIRILLO EL DEL VATI.

—Negra: En ese cuerpo hay más encantos que en un viaje en aeroplano.—SÓLO YO.

—Niña: Tiene usted unos ojos que parecen los cráteres de un volcán, una boca más pequeña que el ojal de mi chaqueta y una cara... no de Dios..., sino de Virgen.—RAMIRILLO EL DEL VATI.



¡Olé tu mare, chiquilla!  
¡Con tus andares gitanos  
y tus hermosas pantorrillas,  
dejas pequeña a la Venus  
y a Jesucristo en mantillas!

Por mucho que de ti digan,  
por mucho que de ti hablen,  
siempre te diré lo mismo:  
¡Que a mí me tienes. . . mochaes!

¡Vaya unos ojos, morena!  
¡Por tan sólo una mirada  
de esas que quitan las penas,  
era yo capaz de atravesar  
el desierto de Sahara!

EL ELÉCTRICO

—Bendito sea su padre, hijá.— UN ABUELO.

—Por usted era yo capaz de dar el salto  
mortal meido en un baúl.— UN ACRÓBATA.

Por un beso de tus labios,  
de tus labios coralinos,  
era capaz de purgarme  
con aceite de ricino.

UN HORTERA

—¡Oh! Hiperbórea dama: Es usted el virus  
melancólico de mi estro y la estrella refu-  
gente de mi vida etrusca y decadente. ¡Ben-  
dita seas!— UN ULTRAÍSTA.

—¡Vaya escultura! El mejor escultor del  
mundo le tiene envidia a su padre.— KIRIKI.

—Mujer de carne y fuego: Yo te amé una  
mañana asomada a la reja de tu ciudad sul-  
tana, y aun conservo el recuerdo de tu rostro  
de hurí.— ANTONIO MILLÁN.

—Saladísima: ¡Qué lástima no ser zapate-  
ro para poderla calzar .. las medias botas!  
¡Vaya curvas!— TOMÁS ALONSO.

—Niña: Haga el favor de bajar la vista a  
tierra, a ver si con la luz de sus hermosos  
ojos aparece una cosa que se me ha extraviado.— MIROLO.

—Oiga usted, gitana: Si por algo envidio  
al espejo de su tocador es por la dicha que  
tiene de verle la cara constantemente.— ENVI-  
DIOSO.

—Oiga usted: Esos ojos, ¿son auténticos o  
los adquirió en una fábrica de bombas?—  
KIRIKI.

—Oiga ozté, morena: Ez ozté un desavío  
por doquiá que va. Ca vez que la veo se me  
pone el corazón jecho un cencerro y las pier-  
nas jechas tomiza —J. ALIAÑO.

—Vidia: Por ti no como, ni duermo, ni  
bebo. ¡Como que me he quedao más estre-  
cho que la ley de Alcoholes y me tengo que  
bañar en un alfiletero!— MANUEL MINGO.

—Gitana: ¿Cuántos corazones ha destro-  
zado usted en la edad que tiene?— KIRIKI.

—En un cuerpo como el de usted, sentaba  
yo plaza con los ojos cerrados, morucha.—  
KIRIKI.

—Oiga, negra: ¿Me quiere echar un poqui-  
to de su aliento para oxigenarme?— P. KICO  
POCHO.

—Si fuera jardinero te regalaría un rosal;  
pero como no lo soy, te regalo una postal.—  
P. KICO POCHO.

—Niña: Esos no son ojos, sino unos arcos  
voltaicos —V. VADILLOS.

—Simpática: Con su mirada picarona me  
es más peligrosa que el gato a la morcilla.—  
MANUEL CARNÉ.

—¡Rica! Sólo quisiera que fueras contra-  
bando y yo carabinero, para poder decomi-  
sarte.— VERA-GODINO.

—¡Vale usted más pesetas que padrenues-  
tros caben en una iglesia con las ventanas  
abiertas!— GARCILASO.

—R-R: No me mires como me miras, mira...  
que tiro bom'as... como bombero que soy.—  
CH. T. CRESPILO.

—¡Madre mía, qué pies! Puede usted dar un  
paseo largo sobre un papel de fumar.—GAR-  
CILASO.

—Nena: Por usted era yo capaz de resol-  
ver el conflicto de Marruecos y contarles los  
pelos a Abd-el-Krim y toda su cabila.— EL  
NIÑO DE YESO.

## LA RISA

## BOLETÍN DE SUBSCRIPCIÓN

D. .... habitante en .....  
..... provincia de ..... calle de .....  
..... núm. .... desea subscribirse por .....  
para lo que remite ..... ptas. .... cts. por giro postal o sellos de correo.

EL SUBSCRIPTOR.

..... de ..... de 1923.



# La Risa

REDACCIÓN Y ADMINISTRACIÓN

: DOCTOR FOURQUET, 4.—MADRID :

APARTADO 7.002. — TELÉF. 30-76 M.

SEMANARIO HUMORÍSTICO :: SE PUBLICA LOS DOMINGOS

—Sí, chico. Un catarro horrible. La tos no me deja en paz ni un minuto.  
—Hombre, ¿por qué no vas a ver a Gutiérrez?  
—¡Pero si Gutiérrez no es médico!..  
—No; pero ya sabes que es un gachó que no hay quien le tosa.

Dibujo de MEL.





## COSITAS DE VERANO

DESDE hace muchos años es una verdad muy veraniega la de que para divertirse hay que promover mucho ruido. Cuando esto puede comprobarse es en verano, sobre todo desde que se ha aclimatado aquí el uso de ese apocalíptico aparato llamado motocicleta. Los olmos venerables y las acacias polvorientas de la carretera de El Pardo saben cuántos son los jaraneros que se mueren de gusto yendo a bordo de esa traca ambulante, de esa máquina (encantadora, sin duda) que rebrinquea sobre el fermentido piso matritense, que lanza estallidos atroces y chorros pestilentes; que vuelca, que aturde, que se desgaña y atolondra... Cuanto más tronitoso es el vértigo de la «moto», más finamente inolvidable es la «parranda».

Poco importa que dentro, encima, debajo y alrededor de éste, que no sabemos si llamar invento o bicho, sonrían unos horterillas borrachos y berreen unas tiscuelas roncadas; poco importa que la sidra del merendero sepa a petróleo y que la cuenta cueste un ojo; lo importante es ir por esas calles dando tumbos y soltando cañonazos. La gente pacífica que toma el fresco en los balcones ya sabe a qué atenerse, y ni siquiera se asoma a ver «qué pasa»... De tarde en tarde alguna mocita, al oír semejante terremoto, corre al balcón, donde mamá, con la boca entreabierta, se abanica, y pregunta sobresaliada:

—¿Qué sucede?

Entonces la madre, vieja y, consiguientemente filósofa, jadea:

—Nada, mujer; unos infelices que no tienen otra cosa más tremenda que hacer, y se divierten...

\* \* \*

Una de las melancolías más sutiles del estío actual nace de la evocación de aquel joven que antaño tenía una «kermesse» donde jugar a la tómbola y gastarse unas perras gordas—pocas perras gordas—delante de la sonrisa indulgente de unas cuantas chicas del barrio.

Aquel hombre, buena persona, con el sombrero de paja echado hacia atrás, con el pantalón de dril bien planchadito, con su cara de cova-chuelista o de «coloniales», era la última supervivencia del espíritu caballeresco de una edad en que «ya» no se lleva ni para ceder el asiento en el tranvía a nadie.

Tenía suerte y labia; sabía hundir la mano en

la pecera de cristal y sacar rollitos con premio, mientras los ojos de la futura suegra, que asistía al lance, brillaban emocionados... Este hombre, atento y jovial, gala de toda verbena y cascabel de toda zambra, era el que de madrugada «volvía a Madrid» cargado de cosas, majestuosos, burlón y un mucho ufano, con unas botellas de sidra bajo el brazo y un par de sillones de mimbre a la espalda...

R. I. P.

\* \* \*

Hay quien reniega del humo de las verbenas; de ese humo de las churrerías, picante, espeso, entrometido, que se sobrepone a nuestras risas y las mezcla con el escozor de los ojos, a los que acaba por hacer llorar.

A esa gente que así abominan de la caldera hirviente, desconocida de Dante y de sus infernales círculos, les conviene quedarse en casita. Su corazón ha dejado de tener veinte años, edad precisamente indispensable para ir a las verbenas. Esas jamonotas, esas carniceras simpaticonas que lucen sus arracadas, y su mantón, y su lunar peludo en la mejilla; esas hembras juncales, orgullo de toda castiza madrileñería, son las milagrosas mujeres que no envejecen nunca. Todos los veranos tienen veinte años. Para ellas el churro calentito, que sabe a gloria, y el tiesto dé albahaca, bolita humilde que llena de buen olor todo un estío, y los caballitos del «fio vivo», y las avellanas verdes, y la manuela, y el vaso de «cebá», y el columpio, y los pisotones, y los piropos, y la noche estrellada, y el aire fresquito de la arboleda cuando ya se acerca al amanecido y en el silencio resuena el cascabelillo del jamelgo con franciscano júbilo...

Esas buenas mujeres, y sus amigos, y sus esposos, y sus parientes, son los que ponen cátedra de mocoerío entre el polvo, el ruido y la promiscuidad de las verbenas, y para ellos el humazo de las churrerías es, como si dijéramos, la salsa, el adobo, el granito de pimienta. Ese humazo del aceite es, a toda fiesta popular de los madriles, lo que el ahumado al embutido: ese gustillo especial, inconfundible, que vale tanto, por lo menos, como el embutido. Y el que no le encuentra tal sabor a la verbena puede hacer testamento y arrojar al paso de cualquier «moto» de esas que tienen tanta prisa...

E. RAMÍREZ ÁNGEL





—¿Por qué te fuiste de la fiesta catalana?  
—Porque había cenado sardinas y me hubiera hecho daño bailar la sardana.

Dibujo de GODÍNEZ.



—¡Oh, la brisa perfumada! ¡Oh, el mullido césped!...  
¡Cómo siento mis plantas humedecidas por el rocío!

Dibujo de GARRÁN

## CHISTES MÍOS Y DE USTEDES

DICE un antiguo refrán: «Que el sabio se hace y el poeta nace». Pero el que nace es el campeón, porque yo he visto rótulos que dicen: «Campeonato», y si es *nato*, es porque ha nacido.

¿Cuál es el colmo de un helado? El colmo de un helado es lo de arriba.

Salió un joven de su pueblo con dirección a Albacete, y le escribió a su mamá, diciéndole: «Mamá, ya tengo colocación: estoy *tirando de pluma*.» Su mamá se creyó que se había colocado en un escritorio; pero se hallaba de pinche en la cocina de una fonda, pelando pollos.

¿No saben ustedes en qué se parece o en qué se diferencia un canario flauta de un tiro de mulas?

Pues procuren enterarse; no vayan ustedes a tener que comprar un día un canario, y les den un tiro.

Bajaron en Jerez los panaderos dos céntimos en kilo el precio del pan. A un panadero se le puso un dedo malo, y decía un jerezano: «Se le ha puesto el dedo inflamado porque, como hace tan chicas las rosas, se le ha metido una entre la uña y la carne.»

Le salieron a una bailarina unos preciosos callos, que la tenían retirada de la escena. «No puedo bailar porque sufro de un modo horrible, y ya he probado de todo.»

Y el empresario le preguntó: «¿No ha probado usted a lavarse los pies?» «No, señor», contestó la bailarina.

Y el empresario le dijo: «Pues poco le cuesta probar.»

Contemplando a un recién nacido, decía un loco: «No sale ni un solo hijo a su padre, por lo menos en los gustos y en las aficiones. Don Antonio Maura, que es un gran político, tiene un hijo autor dramático. Romero de Torres, que es un gran pintor,



tiene un hijo que va a ser torero. Y un tío mío que es un gran zapatero, tiene un hijo y no es suyo.»

Un capitán romano, llamado Astur, conquistó el Norte de España. Fundó Asturias, fundó Astorga ¡y hasta luego!

Un antropófago que se come a su padre y a su madre es un verdadero huérfano. Y si se come a todos sus parientes, heredero universal.

Le hizo un médico cinco visitas a un estudiante.

Lo encontró en la calle y le dijo: «A ver si me paga usted las visitas.» Y el estudiante, distraído, le dijo: «Ya pasaré cinco veces por su casa y quedaremos en paz.»

Un señor muy distraído pide en el café salsa mayonesa. Al servírsela el camarero, comienza a darse la mayonesa en el pelo. El camarero se acerca y le dice: «Señor, ¡que es mayonesa!» Y el caballero contesta: «Es verdad, me creía que eran espinacas.»

LUIS ESTESO

## EL OJO DE LA SANTA

EN cierta ocasión arribó a Sevilla una caravana de turistas, que se dispersó por la alegre urbe ansiosa de manzanilla, de baile, de chulos y de toros.

Uno de los excursionistas, catalán de buena cepa, se perdió en el laberinto de callejas del barrio de Santa Cruz, y al cabo de mucho tiempo encontróse en la plaza del Triunfo, entre el alcázar y la catedral.

Extrañado de verse ante la colosal mole que constituye la basílica hispalense, exclamó:

—¡Huy, toma!...

Escuchóle un sinvergüenza con ribetes de *cicerone*, y, aproximándose, le dijo:

—Esto, señó, es la catreá que mandó Jasé Poncio Pilatos, dimpués de lavarse las manos y secárselas con una toalla...

—¡Hay que ver!...

—Caballito... «¡Hay que ver la toalla!...»

—¡Exacta a la de Barcelona!

—Pue sé... Sí, señó...

—¡Idéntica!

—Fijese osté en la artura de la torre. Es asina porque, según cuentan, a Eugenio Noel le gustaba diquelá dende tó lo arto las peripecias y las fatiguitas que pasaban los maletas en Tablá...

—¡Muy curioso!

—¡Y tanto!... Pero un día que estaba diquelando se levantó un ciclón y arreó con Noel, que se salvó gracias a las melenas, pues le sirvieron de paracaídas... ¡Canillas al aire!...

—En Cataluña hay otra igual...

—Pue sé... Sí, señó... ¿Quié osté que mos colemos en er templo?

—¡Oh, sí!

—Pos mos colaremos por esta puerta, que llaman der Lagarto... ¿Ve osté ese lagarto que está corgao der techo?... Pos ese lagarto está asín porque se jamó a un comisionista catalán en er patio de los Naranjos, y si no es por Bermonte, que le dió un coleo, se come hasta la Biblia...

—En nuestra basílica está la lagarta, que llevaron de Andalucía...

—Pue sé... Sí, señó... ¡Hay ca lagarta por estos andurriales!... Pero ya estamos drento... En esa urnia de plata que está osté viendo se halla nmueble la momia de Don Juan Tenorio...

—Como en Barcelona...

—Pues sé... Sí, señó... Y alrídor de la urnia, en lós esos agujeros, están las reliquias de San S'acabó, Santa Pelaña, San Serenín der Monte, Santa Nómima bendita, Santa Isabel de Ceres y otros mártires «espontáneos». ¿Quié osté vé le más grande der mundo?... Pos va osté a verlo... ¡Un ojo de Santa Lucía, abogada de la vista, y la santa de más pupila der martirologio!...

El *cicerone* tomó una bandeja de plata, en la cual exponíanse a la veneración pública los ojos de la virgen mártir. Sin que el catalán se diera cuenta, utilizó el pañuelo a modo de cendal y tapó un ojo.

—¡Oiga, *noy*!—exclamó en tono de triunfo—. ¡Esto sí que es canela fina!

—¡Estupendo!... Paréceme estar viendo el otro, que conservamos en nuestra abadía...

—¿El otro?... Pero, ¿ha dicho osté el otro, compare?... Pos será, en too caso, el ojo der... Bueno; el ojo bizco, digo yo, porque el compañero de éste lo guardamos en Seviya por groma.

Y levantando el pañuelo dejó al *noy* con un palmo de narices.

José DE SILVA



## UN CARICATURISTA NUEVO

## MIGUEL SALMERON PELLON

Este notable artista expuso en el Ateneo una colección de cuadros a todo color de un estilo y una originalidad poco comunes en los que empiezan.

Salmerón Pellón es de Berja, y allá en su tierra, lejos de las tertulias del café,



## CLORÓTICA.

—¡Hay que ver la poca galantería del doctor! ¡Mándame a paseo!



## EN LA CUMBRE SERENA

—Y tu esposo, ¿trabaja ahora?  
—¡Quiá! ¡Anda por ahí dando tumbos!

tan perjudiciales al cuerpo y al espíritu, se ha formado una personalidad, y todo



## UN VIUDO INCONSOLABLE

—¿Solo?  
—¡Solo! ¡Solo! Completamente solo!

ello sin recurrir a *inspiraciones* ultrapiresnaicas, de que tanto abusan los consagrados de la corte

M.



## CHIKUITO DE CAMBÓ

No había yo visto nunca jugar a la pelota en Francia.

Cuando en esta tarde templada, nada más que templada del mes de julio, me dirigí al Royal Frontón, no espero tenerme las que haber con ninguna novedad. No puedo creer que el juego de pelota cambie de un lado a otro de la frontera, y que en esta fiebre de regionalismos y de localismos que está apestando al mundo se traduzcan también las pelotas.

Me gusta el juego de la pelota, pero ignoro en absoluto su tecnicismo. Y confieso que si hoy acudo al frontón, en vez de entretenerme en la playa viendo bañarse a los señores mayores de sesenta años, es por ver jugar al célebre Chiquito de Cambó, a quien no tengo el gusto de conocer mas que de nombre.

El famoso pelotari, casi paisano de Rosford, ostenta el título de campeón del mundo, y esto ya es algo, sobre todo cuando

desde hace tiempo se ha pasado de la primera, de la segunda y aun de la tercera juventud.

Yo tengo verdadera pasión por los artistas de edad madura; cuando el público empieza a decir de un tenor, de un torero, y en este caso de un pelotari: «¡Qué gran artista es Fulano! Pero ¡está ya viejo!», entonces acudo yo con mi admiración rendida. Me gusta oír cantar a Batistini y a Chacón, como me gustaba ver torear a Mazzantini en sus últimos años, que fueron muchos... El artista, al envejecer, a falta de otra cosa, conserva el estilo, y a fuerza de ese estilo tiene que ir haciéndolo todo, y eso es lo grande y lo admirable.

Chiquito de Cambó, que sin tener la edad de Luis de Tapia—esa Maintenon de nuestras letras—, está más cerca de los cincuenta que de los cuarenta, sale a la cancha luciendo una hermosa tripita disimulada, que no haría mal papel en un concurso de globos esféricos. Es la barriguita de Caruso, de Zacconi y de casi todas nuestras *demi-mondaines*. ¡Y díganme ustedes si no es mérito jugar a la pelota con un cuerpo así!

A primera vista parece que se corre el riesgo de en vez de recoger con la cesta la pelota, recogerse la propia barriga y lanzarla al espacio con brío. Sin embargo, Chiquito juega admirablemente... y gana; gana, aun luchando, como en esta tarde, con un verdadero as, como es el español Velasco.

El campeón del mundo conserva la soltura, la fuerza, el brío que antaño le hicieron ganarse su título; claro que le faltan piernas y acaso le sobren grasas; pero ello es lo admirable, lo que mantiene vivo su prestigio.

Él lo sabe, y bien que se contonea ante el público buscando siempre, en los breves descansos del partido, un sitio donde haya muchas mujeres guapas, para recostarse allí contra el muro y permitir que le admiren de cerca.

A la salida, mezclado con los espectadores, recibe el homenaje de éstos, que casi le estrujan, como si pretendieran olerle el sudor en que está empapado. Uno de ellos, más decidido, le dice unas palabras al oído.

Yo creo que le está recomendando una nueva marca de corsé-faja.

IOAQUÍN BELDA



—¿No sabes por qué a los equipos alemanes les meten pocos «goals»?

—Porque está el marco muy bajo.

Dibujo de ANSUÁTEGUI.

Blarritz, julio, 1923.





—¿Cómo se llama este mar tan alborotado, padre?  
—¡El Pacífico!

Dibujo de MÁRQUEZ.



## LA BANDA DE TARUGUILLO

EN casa del *tío Corchea* se hallaban reunidos todos los elementos que componían la banda municipal de Taruguillo, la cual banda actuaba muy de tarde en tarde bajo la dirección del *tío Corchea*, y estaba integrada por los siguientes artistas:

Sinebaldo Jaramillo, apodado *tío Berenjena* y tañedor del bombo, los platillos, el triángulo y demás instrumentos de percusión que se pusieran a su alcance; Burgundófero Calderón, alias *el Cafre*, que golpeaba el redoblante; Tomás, *el Pelón*, que tocaba el bombardino; *tío Cucurucho*, que soplaba en el cornetín; Sempronio, *el Temblón*, acordeonista retirado y encargado a la sazón de la distribución de papeles; Apapito Miraflores, por mal nombre *Sabandija*, que hacía ganar al clarinete, y, por último, el *tío Jeribeque*, que era más sordo que una muralla, y que, provisto de un magnífico bidón de los de gasolina, en el cual había introducido previamente varios pedruscos de diferentes tamaños, actuaba de modernísimo *jazz-band*, produciendo un escándalo tan formidable, que incluso llegaba a ser percibido por sus propios oídos.

El *tío Corchea*, ultimando detalles para la fiesta que se avecinaba, expresábase en los siguientes términos:

—¡A ver cómo *sus* portáis mañana en la procesión del santo, muchachos!... Al salir de la iglesia, cuando yo trace un *reondel* en el aire con la batuta, principiáis *tós* las primeras notas de *El golondrino*. Creo que no hace falta que ensayemos *ná*, porque *vusotros* sois *güenos* chicos y yo mejor *director*, aunque sea modestia, y la ejecución no tendrá que envidiar lo más *nimio* a la de la banda postinera de *Madrid*... Así es que cuando tú entres en la iglesia, *Temblón*, llevarás ya *El golondrino* debajo del brazo *pa* repartir los papeles... Tú, *Berenjena*, irás delante de *tós* y detrás de mí; *dimpués* vendrá el metal; a continuación, el redoblante y el clarinete, y *aluego* el *jarbán*, u *séase* *Jeribeque*... ¡Ah! Una *alvertencia* a *Jeribeque*: que no toque el *destruemento* hasta que me vea sacudir los brazos en el aire. *Vusotros* se lo diréis por escrito, el que sepa...

*Sabandija* se adelantó unos pasos:

—Ma-ma... ma-má... maestro—tartamudeó, tímidamente.

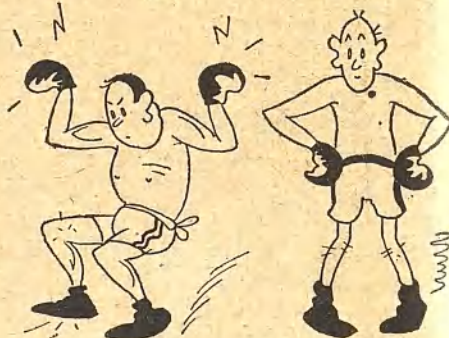
—¿Qué pa... pa-pá... pa-pasa?—remedó burlón el *tío Corchea*.

## A PUESTA GANADA

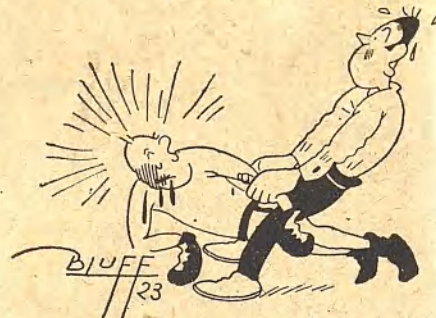
Historieta por BLUFF



—Mañana boxeo con ese.  
—Estás loco; te llenará de golpes.  
—No lo creas.



—Tengo esperanzas de ganar.



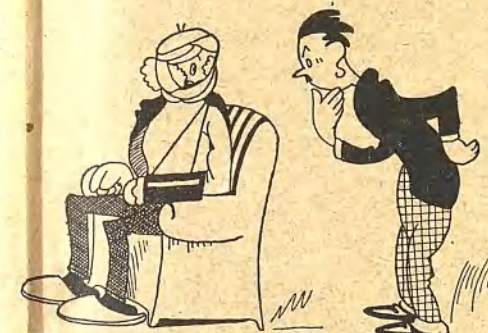
¡...! ¡...!



—¿Qué apostamos?  
—Cinco duros  
—De acuerdo.



¡...!



Gané la apuesta, amigo. Decías que me llenaría de golpes, y como pudiste ver, no me dio más que uno.

—Pos... que yo no tengo cla... cla... cla...

—¿Pá aplaudir?

—... Clarinete... Lo ven... lo ven... lo vendí hace algunos meses y *entavía* no he *podío* comprar otro...

Hubo perplejidad por el contratiempo; mas ya se le improvisaría clarinete de cualquier caña de escoba.

\* \* \*

Llegó el día siguiente, y a la hora señalada de antemano para la procesión, empezó a salir la comitiva por la destartalada puerta de la iglesia.

En primer término figuraba la pareja de la benemérita, que con no muy buenas razones iba abriendo paso por entre la multitud. Detrás iban el alcalde, el secretario del Ayuntamiento y los concejales, todos con grotescas levitas anticuadas y sustentando en sus diestras sendos blandones encendidos. A continuación se veía la cofradía del Santo Patrón, entre la que destacaba un mugriento estandarte. Luego aparecía el santo, de madera vieja, que era llevado en andas por cuatro fornidos mozos del pueblo, de los más brutos y de los más aficionados al profano mosto, por cierto. Últimamente se dejaba ver la banda, a cuya cabeza se contoneaba el *tío Corchea*, orondo y ufano, el cual, iniciando con el brazo izquierdo un gracioso movimiento de suficiencia y autoridad, levantó el derecho, armado de batuta, y simuló con ésta en el espacio la circunferencia convenida.

Se oyeron los primeros acordes de *El golondrino*, desacordes, como es natural. *El Temblón* no perdía de vista a *Sabandija*, pues el clarinete que le habían hecho no era muy perfecto y pudiera descomponerse durante la ejecución.

Llegó el solo de clarinete, en que *Sabandija* se lucía mucho, y Agapito se dispuso a echar el resto en aquel pasaje, para lo cual se afianzó bien el instrumento entre los labios y oprimió las llaves con fuerza a fin de salir airoso de tan difícil cometido. Entonces sucedió una cosa terrible, espantosa: todas las llaves del instrumento cayeron al suelo desprendidas, y sólo se dejó oír una única nota que se prolongaba en el aire, insisten-

te, mientras el director marcaba compases y compases en el espacio, impaciente y desesperado por tan desagradable accidente.

*Sabandija*, aturdido, aplicó un ojo al extremo del clarinete, levantándolo en alto y tratando de inquirir la causa del inexplicable derrumbamiento. La gente quedó suspensa por un ins-



tante. En esto se acercó el Temblón a Sabandija.

—¿Qué es eso, compadre?—le preguntó—. ¿Hay eclipse?...

—Lo que hay—contestó amoscado Sabandija—es que le voy a romper el instrumento en la ca... ca... cabezota!

Y Agapito enarboló el averiado clarinete y lo agitó en el aire, repartiendo mandobles a diestro y a siniestro. La gente empezó a gritar:

—¡Los músicos, los músicos! ¡Que se pegan los músicos!...

El tío Corchea, en el colmo de la desesperación, levantó los brazos y los sacudió en el espacio, tratando de poner paz en los ánimos encendidos de sus subordinados. El tío Jeribeque acometió entonces el más desenfrenado alboroto que han registrado los siglos, y los desdichados taruguillanos, creyendo que había llegado el fin del mundo, emprendieron una carrera loca en todas direcciones, atropellándose y arrollándose...

¡Tal vez no hayan dejado de correr todavía!

CÉSAR A. CORNET

## AMOR MUY SIGLO XX

A las siete y cuarto de aquella tarde estaba yo en la calle de Alcalá, peinado, afeitado, perfumado y... *esponjado*, porque al contemplarme en la luna de un escaparate me reparé atrayente y seductor.

Había leído este anuncio en un diario:

«NENE: ¡Cuánto tiempo sin vernos! ¿Acudirás hoy siete y media esquina Fornos? Llevaré sombrero rojo que prefieres.—Tu NENA.»

Y pensando en la aventura, decidí acudir a una cita a la que nadie me llamaba. El anuncio motivó en mí las más locas ilusiones. ¿Quién sería ésta del sombrero rojo que se anunciaba como un candidato socialista? ¿Qué historia interesante de amor habría en aquellas líneas pagadas, equivalentes a un poema?...

Yo, aunque soy más «Ciutti» que «Tenorio», iría. Si acudiera el otro antes, paciencia; si no acudiera, me jugaría yo el todo por el todo. Y si estando yo hablándole a la del sombrero papagayo apareciera el interesado..., yo confiaba en

mis buenos puños (de seda, diez pesetas par. No es anuncio.)

Deseché escrúpulos, y a las siete y cuarto parábame en la esquina de Fornos, fiero como un «don Juan» y temblando como un «Ciutti».

La ingrata me tardaba. Comencé a desesperar, a execrarla, hasta a preparar una riña para cuando viniera. Mas noté que el reloj de la Equitativa estaba adelantado, y la disculpé en mi corazón.

Pregunté a un guardia. Me contestó que no llevaba suelto. Pasó un amigo:

—¡Hola, Antonio!

—Dime la hora que llevas y vete.

—¿Cómo?

—Vete.

—¡Ah picaron! ¿De aventura? ¿Las siete y media y tú plantado?

En cuanto me dijo que eran las siete y media, la hora de ella, le di plantón y regresé inmediatamente al lugar de la cita.

¡Por fin! Divisé un lindo *canotier*, de un rojo completamente bolchevique, sobre una magnífica mujer.

Miraba a todas partes, de tal manera, que lo mismo podía buscar un perro, un coche o un guardia, que al citado.



—¡Qué monada de perro! ¿Es de usted, señorita?  
—Y de usted, caballero.  
—Es que me ha mordido.  
—No importa. Otro día le morderá usted a él y en paz.

Dibujo de FONASOL.



Yo observaba sus mínimos movimientos. Esperaba convencerme de que era *ella*. Un instante y...

—Ahora es ella—exclamé—y fui derecho al bulto.

—Señorita: aquel a quien usted espera no puede venir por causas que sabrá si se digna seguirme.

Pareció sorprenderse. Sin embargo, contestó: «Vamos...»

Y con paso que yo apresuré, marchamos un rato en silencio. En una calle solitaria me paré en seco, sobre un charco, y confesé:

—Bella mujer, lo que le he contado es mentira; yo no sé las causas ni los efectos de nada; el que usted citó acudirá sin duda a la cita y yo...

No me dejó terminar.

—Usted, señor mío, resulta ahora un farsante, y esto que hace es una infamia, es...

Era la mar de cosas: lo más horrible, lo más canalla, lo más cínico que había visto. Se hallaba indignadísima. Yo veía sus miradas muy acto tercero de melodrama y ya me pesaba la aventura. Sin embargo de su cólera, no llamó a ninguna pareja, por lo que la formamos nosotros y quedamos amigos un mes, dos, muchos meses.

Y fui feliz. Y tuve el perverso orgullo de haber burlado al dueño de aquella preciosidad. Era mi mayor satisfacción; tanto más, cuanto que nunca hablábamos de ello.

Pero su silencio llegó a intrigarme. Yo deseaba saber algo, averiguar si lo habría vuelto a ver..., y aguijoneado por los celos, me decidí a preguntar:

—Oye..., ¿has tenido noticias de...?

—¿De quién?

—Del que esperabas la tarde que nos conocimos.

Ella me miró muy seria. Después soltó la carcajada.

—¡Anda, tonto! ¡Pero si ese anuncio lo pongo siempre que estoy soltera! Y créeme, da unos excelentes resultados!...

ANTONIO LEFLER

## LA SANGRE DEL BURRO

CONDUCÍA un muchacho un puchero, cuando, al llegar al puesto de Consumos, le detuvo uno de los celadores de los varios que allí había. Hízole destapar el puchero, viendo su contenido, que no era otra cosa mas que sangre. En el momen-



ELLA (desilusionada). —¡Cuánto pierde Jak en cuanto desmonta!

EL.—Claro, mujer; lo que le hace ganar es la monta.

Dibño de ANSUÁTEGUI.

to de pagar los derechos de entrada, vió que no llevaba el dinero suficiente para pagarlo, encomendándole el puchero al celador, y con paso ligero se dirigió a casa a por los cuartos.

Pasaron varias horas; al celador, a la vista del puchero, le entró ganas de freír la sangre y comérsela para acallar las voces de su estómago, que a cada momento se hacían más apremiantes; como el muchacho no había regresado todavía, se la comió, acoñada de un buen trago de vino, que le calmó el hambre, o sea el apetito.

Al cabo de media hora regresó el muchacho con el dinero, preguntándole al celador, como es natural, por su puchero; al oír que se la había comido, se echó repentinamente a llorar como si en aquel momento se hubieran desatado en lloros los críos de todas las niñeras de España.

Entre lloros balbuceaba:

—Ahora me pegará mi padre, ih... ih... ih..., porque, ih... ih..., la sangre era del burro que se murió, ih... ih..., de viruelas, ih..., ih..., y la llevaba donde el veterinario para que la analizase..., ih... ih... ih... ih... Ahora me pegará mi padre..., ih... ih...

JUAN MAULEON GORRUECHAGA



## PEQUEÑAS TRAGEDIAS

### El hombre de los pantalones arruinados. :

No pequeña tragedia, sino enorme, atroz, es la del hombre que lleva los pantalones arruinados.

El bendito Luis Taboada nos «documentó» con harta frecuencia sobre el tipo irrisorio del que, por vestir bien, se allana a comer mal, y el pueblo también hace su comentario mordaz contra ese ente que, para vestirse por fuera, se desnuda por dentro:

«Tanto vestido nuevo,  
tanta parola...  
Y el puchero a la lumbre  
con agua sola...»

Pero la sátira suele caer en la crueldad. Y debemos ser más compasivos. Un señor que lleva los pantalones rotos es una súplica viviente, y el desdichado se presenta en sociedad con la misma vergüenza, con el mismo terror que cuando de niños íbamos a merodear a una huerta y nos rasgábamos los «pernils» en un odioso árbol, y... teníamos luego que comparecer en casa... ¡Pobre hombre éste, que no ha encontrado un sastre a tiempo debido! Eso es, a tiempo, aunque sea debido... Llevar los pantalones averiados es una desgracia abrumadora, principalmente porque... no se puede ocultar.



### ESCENAS SUBMARINAS

—EL PEZ.—¿Será bueno para comer? Yo, la verdad estoy escamado.

Dibujo de DESH.

Calculad el caso del «hombre de los pantalones arruinados». El conocimiento de su propia desdicha, de su ridículo ambulante, le acobarda, le empequeñece, le anula para todas sus funciones de ciudadanía.

«Normalmente», sería capaz de temerarias empresas; pero ordinariamente este pobre hombre, con los pantalones desairados, será víctima de sí mismo, de su propio encogimiento, como si las energías se le escaparan por los rotos. Si el hombre suele presumir de calzones, este infeliz flaquea por donde más hubo presumido.

Y esta cobardía se traducirá en su andar, en todos sus movimientos. ¿No recordáis a aquel individuo que iba tras de vosotros por la estrecha callejuela, y que, al llegar a vuestro lado, se detuvo de repente? Fué que en aquel momento se acordó de que «no le era posible seguir adelante»...

Y entre usted y el de los pantalones rotos se entablará una lucha a muerte. Él no querrá pasar delante—¿cómo exponer a la vergüenza pública el *mapa mundi* de su trasera?—, y usted, por esa terquedad que nos gana en trances parecidos, y que no es mas que un despertar esporádico del instinto pugilista del hombre, usted, repito, preferirá morir en el acto a dar su brazo a torcer.

Luego de todo esto... el farol próximo le aclarará a usted el misterio... Sorprenderá una verdadera tragedia íntima en aquel que os asustó de miedo. ¡Pobre hombre! Aprovechará la primera bocacalle para desaparecer, como alma que lleva el diablo, y pasará ocultándose el deterioro con el sombrero, o andando de perfil, los hemisferios casi rozando la pared...

Esta timidez obligada, esta imposibilidad de andar libremente, le impedirán dedicarse a sus habituales ocupaciones. Temeroso de todas las miradas, rendido, abochornado, acorralado, el hombre de los pantalones marchitos tendrá que refugiarse en su casa sin haber logrado las diez pesetas indispensables... y mucho menos el dinero para unos nuevos calzones... Su mujer le echará en cara su inutilidad, y le llamará... calzonazos.

Y no será extraño que este hombre, perfectamente equilibrado antes de su «pequeña» tragedia, dé trabajo un día a los reporteros de la prensa diaria y llene, con el relato del desenlace de su vida, unas líneas de la *Sección de sucesos*, con el subtítulo expresivo de *Los desesperados*.

FERNANDO DE LA MILLA

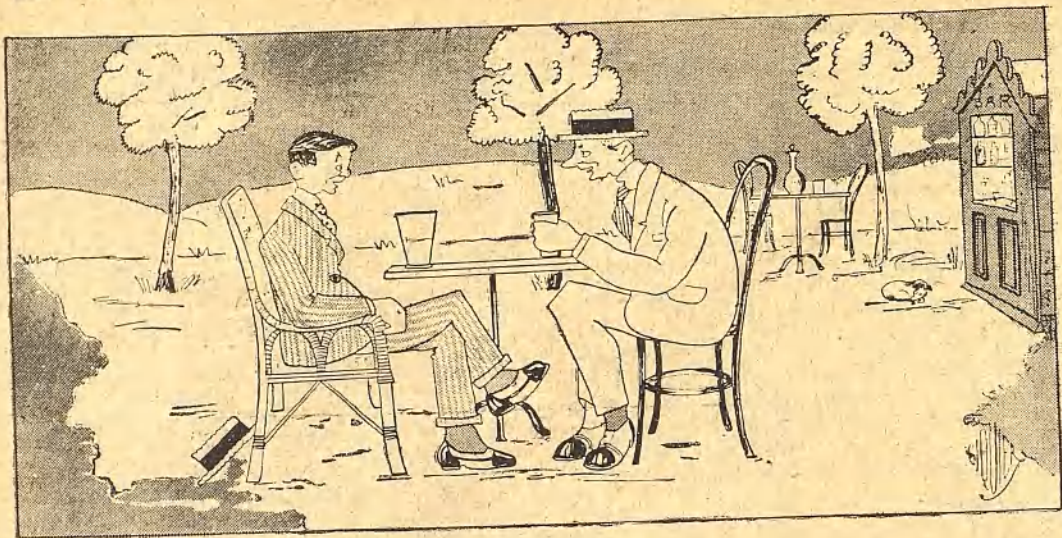




ELLA.—¡Qué vestido más bonito!  
EL.—¡Qué desnudo, querrás decir!

Dibujo de SERNI.





—¿Sabes que a Carlos le han dado ocho puntos?  
—¿En dónde? ¿En la cabeza?  
—No, hombre. En las oposiciones al Catastro.

Dibujo de SIQUIER.

## La princesa, el pote y las torrijas

EN un lugar que no era de la Mancha, ni muchísimo menos, hubo una princesa preciosa que se despepitaba por el nutritivo, aunque no elegante, pote gallego y por las torrijas abundantes de huevo y azúcar.

Según la *Historia de España* que tengo en mi biblioteca a la disposición de ustedes, allá en los tiempos de Wamba—cuando este individuo llegó a Toledo dispuesto a llevarse todo el mapazán que encontrara—, la princesa ya mencionada tenía tanta popularidad como actualmente tiene Nicanor Villalta, hombre largo y matador de toros. Más de treinta páginas—papel pluma—dedica mi historia a la princesa Robustialinda, que éste y no otro era su nombre.

Robustialinda, que además de ser princesa era de Bilbao, se jugó la vida más de tres veces por el pote y por las torrijas; pues por aquel entonces una princesa, por serlo, no podía comer cosas que pareciesen o fuesen vulgares. Aquellos tiempos, naturalmente, no eran los de ahora.

Hoy una princesa juega al *tennis*, y, si es necesario, hasta toma vino tinto con sifón o una copita de ojen. Nos vamos pervirtiendo a pasos agigantados.

A Robustialinda, su padre le había advertido repetidas veces que las princesas deben despepitarse únicamente, aunque sea contra su voluntad, por los calamares o por las patatas fritas a la inglesa, comestibles elegantes y caros. Y la madre de Robustialinda dijo lo mismo; pues entonces las esposas se amoldaban perfectamente al marido en todos los sentidos y manifestaciones. Hoy, en cambio, los maridos son señores con menos ventajas; los viudos son... los viudos son unos tíos con suerte, y los solteros ni fú ni fá.

Pero Robustialinda sólo se dejaba llevar de sus gustos, y en cuanto sabía dónde poder ha-

llar una ración de pote o unas cuantas torrijas, se volvía loca de alegría y procuraba, por cualquier medio, si no hincharse de aquellos manjares, al menos no quedarse con las ganas.

Y cierta vez, por el pote gallego...



Había un pirata a la orilla del río Tinto. Pero este pirata no era un pirata. Era un vago. Niceto, que así se llamaba nuestro hombre, por no trabajar, ni bostezaba siquiera.

Un día, Niceto, es decir, su señora mujer, dió a luz una hermosa niña—una Chelito en miniatura—que se parecía mucho a un amigo de su padre. A las pocas horas del nacimiento, como allí era costumbre, se celebraría el bautizo, en el que no tenía que faltar nada, pues Niceto era generosísimo; tanto, que en vez de pastas y jerez, en cuanto Niceto vió a su mujer fuera de peligro, se puso a preparar un caldero de pote gallego y un sin fin de torrijas. Los invitados iban a quedar maravillados y deseando que la mujer del pirata diese a luz otra vez para repetir el banquete.

A la media hora de haberse puesto Niceto a preparar la comilona, llegaba al castillo de nuestra princesa una vieja fea y chata que, en cuanto vió a la princesa, poniéndose de rodillas, luego en cuclillas, y después de pies, dijo dónde y por qué se preparaba el rico pote y las succulentas torrijas. La princesa sufrió un ataque de alegría; pero en seguida se repuso y, arrojándose con mucho cuidado por una ventana, se encontró minutos después cerca del río donde vivía el pirata Niceto.

Escondida detrás de un árbol, la princesa observó apasionadamente cómo Niceto guisaba, rodeado de algunos invitados que habían llegado al olor de los deliciosos manjares. Y así permaneció largo rato, hasta que, harta de esperar y creyendo por lo que había visto que el pote ya



debía de estar casi guisado, se llegó al pirata y le dijo, poniéndole en las manos una bolsa llena de oro:

—Tomad, Niceto: Oro de ley. Sólo os pido, a cambio de ello, que me dejéis hartarme de pote gallego, de ese pote que vuestras manos guisan tan maravillosamente.

Niceto, después de permanecer un rato con la boca abierta, en una mano una cuchara, y en la otra la bolsa de oro, respondió:

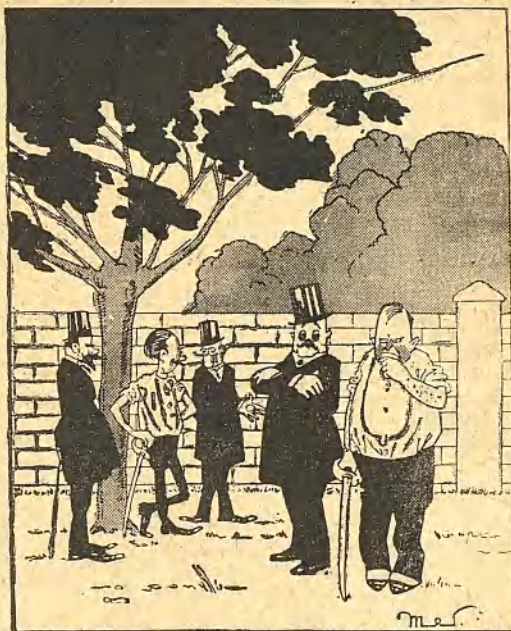
—Señora: vos mandáis en mí. Ahí tenéis el caldero. Comed hasta reventar.

La princesa, llena de jovialidad, abrazó repetidamente a Niceto, y momentos después en la casa-palacio del pirata reinaba la loca alegría. E inútil será decir que la princesa comía pote hasta por los ojos. Fué un banquete más, mucho más que morrocotudo. La historia se ocupa bastante de este banquete; pero yo no hablo de él, porque esto de los banquetes es ya ahora una cosa de lo más vulgarcito.

Pero he aquí que cuando iban a meter mano a las torrijas, surge el padre de la princesa de entre unos cañaverales, lanza y tizona en mano, y seguido de algunos soldados que parecían escapados de una opereta. El indignado padre, acercándose a su hija, y con voz de trueno—pero de trueno fuerte—dijo, mesándose el casco:

—¡Ah, mala hija! ¡Huistes de donde tuviste encerrada; pero te he cogido, y el castigo que voy a imponerte será duro, tan duro como estas inmundas torrijas!

Y al decir lo de inmundas y duras, el papá largó una «futbolística» patada a una fuente re-



—¡Bueno! ¡Tendría que ver que después de haberme es-

fado mil pesetas, me fuera ahora a dar un sablazo!

[Dibujo de MEL.]

bosante de torrijas que, separadas tan violentamente, como si salieran de una regadera, fueron a parar a larga distancia, siendo recogidas inmediatamente por los invitados más hambrientos.

La princesa, con los ojos abarrotados de lágrimas y muertecita de pena por tener que alejarse de un manjar de su predilección, se dejó conducir por los soldados, y hora y cuarto después se apeaba del «autobús» que la había conducido y era encerrada en un calabozo obscuro, pero que tenía pianola.

Esto, lector, más detalladamente es lo que cuenta la historia, y luego, al final, dice así, como epílogo (por eso he dicho que al final): La princesa Robustialinda al morir escribió en la pared con su estilográfica de oro: «Siglos y más siglos transcurrirán; pero cuantos más pasen, más vida irán teniendo el pote y las torrijas. Y se harán inmortales, pues desde mi sepulcro empujaré con mi espíritu a todas las personas que yo crea dignas y capaces de ir acreditando estos dos manjares «macanudos».

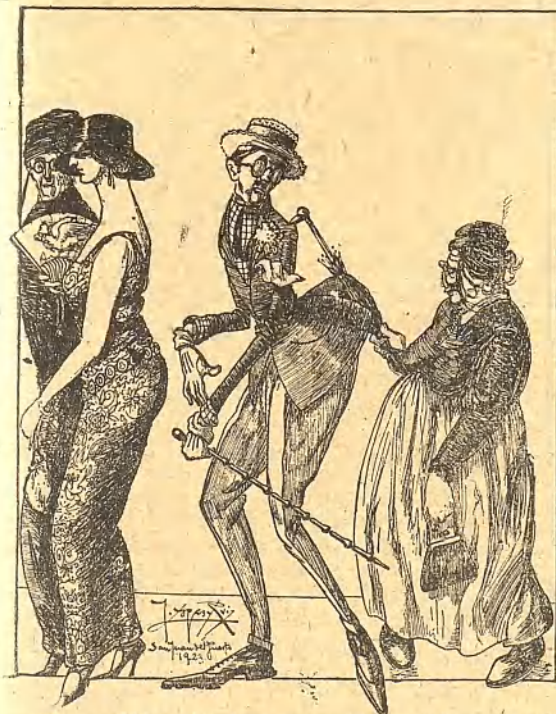
✱

Lector: Cuando como en una taberna del Madrid castizo, me acuerdo de Robustialinda y hago que me sirvan pote y torrijas.

Yo creo que Robustialinda era una princesa admirable, y que yo, afortunadamente para usted, ¡oh, valiente lector!, he terminado.

El que quiera saber más, que me compre la historia completa de la princesa Robustialinda.

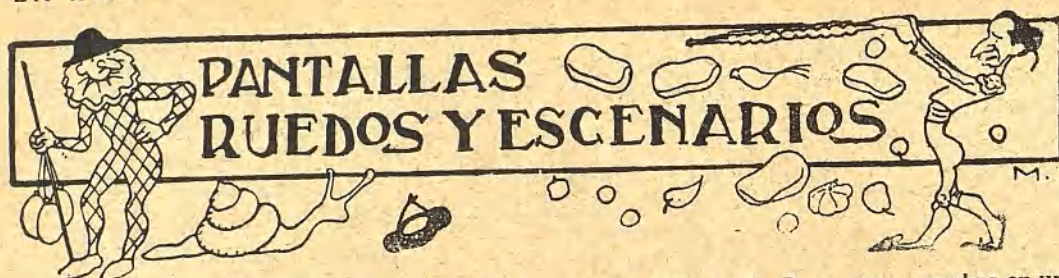
NICOLÁS DE SALAS



—Joven, Si le es lo mismo, acompañeme a mí que voy sola.

Dibujo de LÓPEZ RUIZ.





## SI SE TRATA DE «VIVIR», LA COSA ES COMO PARA TOMARLA EN SERIO (1)

Como soy hombre sincero y no le he mentado en la vida más que a mi padre, porque si llego a decirle las verdades me hubiese roto el cráneo, debo empezar declarando mi amistad grande con Enrique López Alarcón, con Miguel Muñoz, con Jesús Tordesillas, con Fernando del Castillo, gerente del teatro Cómico, y mi estimación respetuosa y admirativa a María Herrero.

Además, el estreno del drama *Vivir* ha sido un éxito enorme, un triunfo para el autor y después para los intérpretes, haciendo mención especialísima de los ya señalados y de Carmen Posadas. (¡José, niña, y qué güena cómica es osté!)

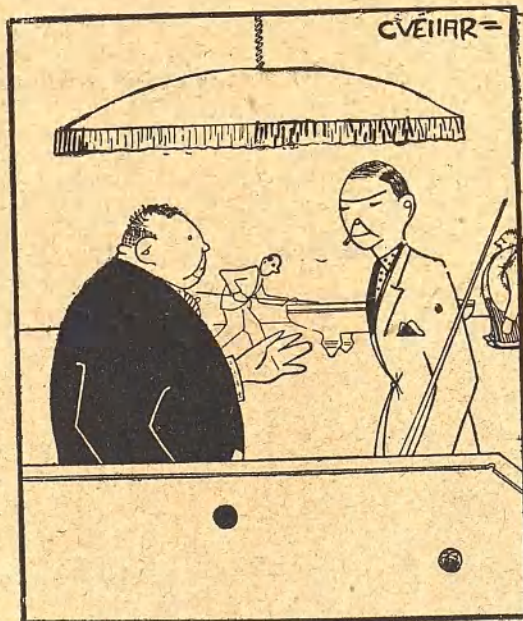
Porque todos ellos son mis amigos, porque el estreno fué un éxito y porque la obra es muy hermosa, «de las que caen pocas en libra» (Enrique me perdone la manera de señalar), a pesar de ser este periódico *La Risa*, tengo que ponerme un poco serio y rogarle a mis lectores una disculpa... hoy. De veras; no lo vuelvo a hacer más.

De otra parte, ¿cómo puede tomarse a chufra un drama, a no ser que esté escrito por Cavetany u otro señor de semejante calibre? Y *Vivir* es un drama; porque este admirable y abominable imperativo que es la vida, es lo más dramático que hasta nuestros días conocemos.

Sepan ustedes, caros lectores, y digo lo de caros por lo que cuesta hacerse con unos cuantos consecuentes, que por ese ambicioso anhelo de *vivir* es por lo que le pasa a «Juan Ramón» y a su «Ana María» lo que le pasa. En verdad, el uno como el otro son dos sensuales «de la vida». Para ella, el amor, acaso sólo la carne, no una carne flaca, ciertamente, es esa vida. Mas para «Juan Ramón» significa la lucha, la consecución de fines altruistas y el logro de una posición brillante... aunque más egoísta que altruista. (Esta no es *La Vida* de Artemio Precioso.)

Pero en esta tragedia humana la Fatalidad,

naturalmente, actúa. Pasa como sombra en una nube sobre los campos que rodean el cortijo de los «condes del Rumbal»; creemos vislumbrarla dibujándose su contorno entre los pliegues de las cortinas cerradas en la casona de la ciudad. E implacable, adivinamos su brazo tendido señalando el destino. Castiga «la vida» que ellos mismos eligieron, porque, en verdad, fueron dos pobres seres plenos de dos sensualidades: la del deseo grosero de la popularidad, y la otra, la puramente física, la epidérmica. El poeta, que es López Alarcón, no se resignó a que aquellos dos pasionales fueran únicamente juguetes de sus apetitos: el del uno, disfrazado; en carne viva, el de la mujer, y puso en sus almas un soplo que les impulsara hacia lo ideal; y así, «Ana María», sentenciada ya, como si presintiera su fin cercano, quiere desprenderse de la materia e ir hacia



—Oiga, don Nicéforo ¿usted sabe qué es la gravitación de la luz?

—Ya lo creo, que llega fin de mes y tengo que pagar veinte pesetas de fluido.

Dibujo de CUÉLLAR.

(1) Es verdad que el título es largo; pero más larga es la vida... eterna.



la conciencia del marido por inútil deseo de la suya. (Los griegos dijeron que alma es conciencia...) El hombre, menos penetrante que la mujer, quizá porque su imaginación necesita columbrar más espacio, encuentra esa huella de lo ideal cuando «Ana María» se «marchó» por su bárbaro impulso. Y dice: «Nunca fué completamente mía, siempre se resistió a mí el propósito de alcanzarla, y es que ella vale más que mis afanes, más que yo, porque es el Ideal.» Pero no es ella el Ideal, sino el anhelo de «Juan Ramón»...

Entonces, *después de todo*, la encuentra. Uno y otro estuvieron ciegos. Miraron poco hacia dentro. Quisieron dominar «la vida», si aquello, exclusivamente aquello, era la vida.

Cuando su espíritu despierta, los dioses les niegan el derecho a penetrar en el sagrado recinto.

Dominó el ansia excesiva de vivir; mas el poeta fué piadoso y puso el sublime anhelo en sus últimos instantes, recordando que al morir el alma se desprende de la materia.



El drama está hallado. Acaso en los medios de expresión, el autor prescindió de lo que juzgaba superfluo; sin duda no quiso atreverse en

la sombra del ultra, deteniéndose en el umbral con el respeto supersticioso de su sentimiento de agareno.

Resaltan en la obra las escenas entre «Juan Ramón», «Ana María» y «Salomé» del acto segundo; la mitad, hasta el final, del tercero, y todo el cuarto, con la grandeza trágica del *Otelo*.



La interpretación fué brillante por todos conceptos. Se celebró públicamente a María Herro, Carmen Posadas, Miguel Muñoz y Jesús Tordesillas.

Además se presentó la escena no bien, sino prodigiosamente bien. Las decoraciones, los muebles, la luz de los fondos, todo contribuyó a la belleza del espectáculo y valió un triunfo al gran Manolo Fontanals y a Fernando Mignoni.

La sala del teatro —que por cierto tiene agradabilísima temperatura— estuvo llena de un público que, profesional y profano, se *metió* en la obra. Vean los lectores lo poco que va de un gran éxito a un total fracaso: la simple sustitución de una preposición por otra; es decir, se *metió en la obra*, a *se metió con la obra*. Sin embargo, la diferencia es como de Madrid a Lima.

Y para acabar, ofrezco unos renglones más cortos que otros, dignos de unos Juegos florales.

### Envío

Formidable y magno Enrique  
López Alarcón ilustre,  
que con tu pluma das lustre  
al castellano inmortal,  
¡que se rasque el que le pique!  
Has triunfo, amigo Enrique,  
con dolor de los que mal  
desean siempre ¡l que lucha.  
¡Linda lección! Que se aplique  
el que hacer quiera su hucha.  
Y, en fin, que aquel que no *masque*  
tu éxito... si le pica que se rasque.

Malos, malos son los versos  
cual los de Castros diversos



Firmo y la cuartilla guardo  
mientras enciendo un pitillo...  
Y escribo, primero, EDUARDO,  
una M. y DEL PORTILLO (1).

### TELON

(1) Esos *Castros diversos* a que aludo se llaman Cristóbal, Miguel y Luis.



### ENTRE MOROS

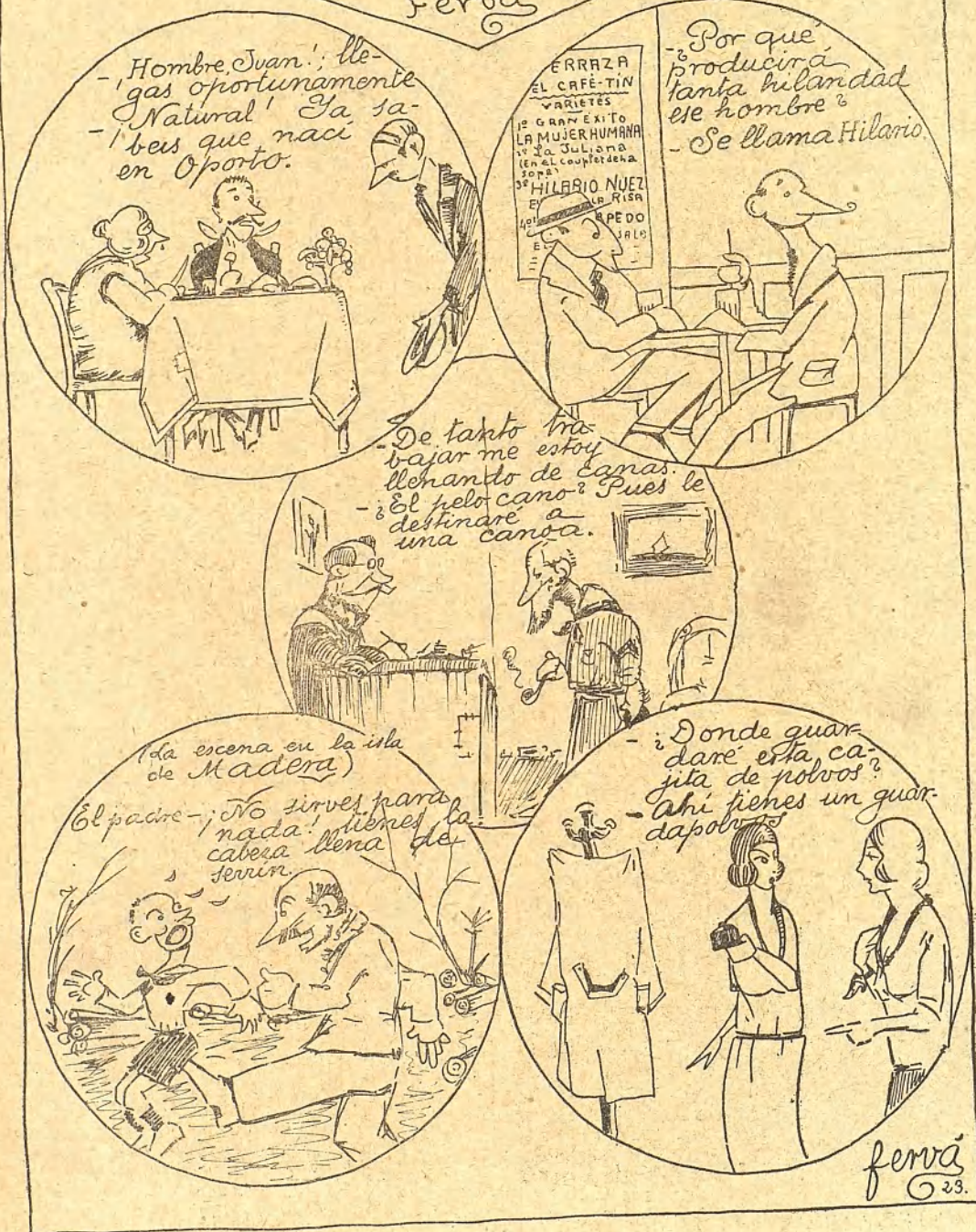
—Yo, bien, ¿y tú?  
—Regular.

Dibujo de MENDOZA

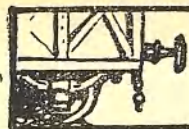


# Efectos de Lógica

por  
Fervá







# A VUELTA DE CORREO



## A LOS ESPONTANEOS

No se devuelven los originales ni se mantiene conversación ni correspondencia acerca de ellos.

De la admisión o exclusión de los mismos se dará cuenta «exclusivamente» en esta sección.

Serán preferidos para su publicación los dibujos que se ajusten a los tamaños de 29 de alto por 10 de ancho o 23 de ancho por 9 de alto (se refiere a centímetros) y los artículos que sean breves.

Unos y otros deberán venir acompañados del cupón correspondiente, y los autores que deseen cobrarlos lo harán constar en el mismo original, así como los nombres señas y residencia de los mismos y deberán llevar una sola firma.

Diríjanse los originales al apartado 7.002.

Todo trabajo que no se ajuste a estas condiciones quedará sin contestación y será inutilizado.

**Juanito y Carvajo. Madrid.**—Cada matatiempo debe venir acompañado de su cupón y no debe haber equívoco, pues ya en éste se expresa claramente.

**E. Noñil R. Madrid.**—Vea lo que dtgo a los demás señores *matatiempistas* y aplíquese el cuento.

**Juan Manleón. Bilbao.**—Sus *matatiempos* son poco originales y no nos gustan.

Respecto al dibujito y al chiste, mejor es callarse.

**Jesús (Gracias). Millán, Zaragoza.**—Su tragedia con j tiene gracia; pero no la podemos publicar por varias razones: y la más poderosa es que somos muy respetuosos con los personajes históricos que han dado la pelleja por nuestra independencia; además de que

después de lo de Annual hay que levantar el espíritu no tomando a chirigota esas cosas tan serias de que usted se chotea. ¡Pues si leen eso quien nosotros sabemos, vemos a Abd el-Krim y a sus huestes bailando la *tabaquera* y el paso del camello *cañí* en la verbená de la Paloma y tomando churros con aguardiente!

Como se ve que tiene usted gracia para tomar a chufia a los personajes históricos, ¿por qué no hace usted algo del Emperador de los guindillas, D. Millán Millán, etc., o del Nerón postal Sánchez Guerra?

**César Suarez. La Pereda.**—Conste que se le contestó a usted en el núm. 35 de este semanario respecto a los trabajos que nos envió.

Sentimos esta vez tener también que participarle que su cuento no encaja en nuestro semanario, porque no tiene gracia.

Los diez y nueve piropos los iremos publicando si envía los diez y nueve cupones correspondientes en plazo breve.

**Alfredo Ribelle. Alicante.**—¡Déjese de sonetos para LA RISA dedicados a las miradas de su amada! Aquí lo que queremos son trabajos rebosantes de gracia, y a su amada nos parece que le va mejor también unos pendientes de perlas o un hotelito en esa costa levantina en vez de rimas.

**Pepito. Sanlúcar de Barrameda.**—Como toda su gracia andaluza sea como la del artículo que nos envía, puede ocultar cuidadosamente su naturaleza o decir que ha nacido en Romanones (Guadalajara), que es donde deben tener más mala pata, a nuestro juicio.

**Silvio Aisa. Erla.**—Es muy escabroso el asunto, y aquí no cultivamos el género atrevido.

## PRECIOS DE SUBSCRIPCIÓN

### Madrid, provincias y América.

	Pesetas.
Trimestre.....	3,60
Semestre.....	7,20
Año.....	15,60

### Extranjero.

Unión postal.	Pesetas
Trimestre.....	4,80
Semestre.....	9,60
Año.....	19,20

Las subscripciones empezarán con el primer número de cada mes.

Los subscriptores tendrán derecho, sin aumento de precio, a los números extraordinarios que pueda publicar LA RISA.

CONCESIONARIO EXCLUSIVO  
PARA LA VENTA EN ESPAÑA DE

“LA RISA”

SOCIEDAD GENERAL DE LIBRERÍA  
:: :: FERRAZ, 21.—MADRID :: ::



# La Risa



— ¡Corra usted, por Dios, y salve a mi marido, que se va a ahogar!

— No fenga cuidado, señora; no le pasa nada; si ha sido toda su vida un desahogado...

Dibujo de BLUFF.